

## **sociedad y cultura circundante al vaticano I**

El siglo pasado, época en que se convocó el Concilio Vaticano I, fue una centuria de extrema transformación. Hasta el siglo XIX los valores renacentistas constituyeron el núcleo esencial en el pensamiento y en la praxis de Occidente. Lo objetivo prevaleció sobre lo subjetivo y la razón sobre la ciencia y el dato. Pero en la centuria decimonónica, la sociedad se enfrentó ante la explosión del más radical subjetivismo. Se destruyeron todas las barreras: la autoridad revelada, la objetividad del mundo vinculada al conocimiento... Y la pluralización conceptual más diversa, que ha conocido la historia, surgió en medio de una selva de opiniones, sistemas y directrices.

Las causas que motivaron esta explosión social, aunque por su complejidad sea dificultoso analizarlas con detalle, se pueden reducir a tres: 1) completo desarrollo de los principios liberales de la Ilustración y de la Revolución francesa; 2) cambios radicales en la economía y en la sociedad respecto a la del Antiguo Régimen,

debidos principalmente a la aplicación de los descubrimientos técnicos; 3) la hegemonía del cientifismo condujo a una concepción disgregadora, mecanicista y antiespiritual de los valores universales.

Este siglo XIX, en torno al Vaticano I, se caracterizó en lo económico por el gran capitalismo, en lo social por la era industrial y la formación de las grandes ciudades, en lo político por el liberalismo y la social democracia, en lo religioso por la libertad de creencias, indiferentismo y materialismo, en lo cultural por la prepotencia del yo y la creación de nuevos sistemas ideológicos. Pero quizá el exponente más revelador se centra en la lucha dialéctica entablada entre dos realidades antagónicas: el egoísmo capitalista inspirado por el "laissez faire" y el advenimiento de las masas.

De toda esta reacción, cargada de luces y sombras, se originaron unas consecuencias altamente extrañas para la cultura hasta entonces imperante. En lo ideológico proliferaron las corrientes libera-

tes, anarco-sindicalistas, socialistas y nacionalistas; en lo cultural surgieron el realismo, naturalismo, cientifismo, positivismo, evolucionismo y panteísmo. Respecto a lo religioso, aspecto fundamental del trabajo, cristalizó el indiferentismo más craso, suscitando una sicología social, en unos casos de apatía y en otros de abierta hostilidad.

Las nuevas generaciones renunciaron a toda concepción del universo de tipo religioso o metafísico, para entregarse a las especulaciones realistas y positivistas. La secularización de la sociedad se impuso a lo largo del continente. Y apareció, por primera vez en la historia desde el hundimiento del paganismo romano, el ataque sistemático contra el cristianismo y contra la misma divinidad de la cristiandad, presentándose bajo formas puramente históricas o mitológicas.

Este siglo XIX, en torno a la revolución francesa, se caracterizó por tres aspectos característicos:

**de la década del 70**  
 De entre todos los fenómenos que contribuyeron a la formación del espíritu humano, nos vamos a fijar en tres que fueron decisivos en el siglo pasado: el liberalismo burgués, el positivismo científico y los movimientos revolucionarios. Desde la Revolución francesa los burgueses habían eliminado de la escena política a la aristocracia feudal y, durante el siglo XIX, ocuparon todos los puestos de poder. Su idea principal era la de la libertad y orden. Libertad para la vida política, libertad de reunión, asociación y prensa, y, sobre todo,

libertad para sus manejos económicos. Orden con el fin de defender sus propios intereses, centrados especialmente en la propiedad privada, empresas y negocios. Se podía sintetizar la postura burguesa en la frase de Guizot: "libertad individual dentro del orden social" (1).

Esta nueva clase, promocionada a los primeros puestos, llevaba en sus entrañas dos vivencias: progreso y cristianismo depurado a lo volteriano. La fe en el progreso sustituyó a la fe religiosa. Esta, como decía Charles Mozaré, "ya no es una fe sino una forma de arte" (2). Un espíritu tolerante y ecuaníme, fruto de su devoción a los filósofos del enciclopedismo, marcó la línea de sus apetencias; consecuentemente respiraban un aire anticlericalismo, debido principalmente a las tendencias liberales del clero y a la preponderancia que todavía tenía, heredada del Antiguo Régimen, en la organización de la sociedad.

Pero, a pesar de que arremetían contra el clero católico, sin embargo lo aceptaban parcialmente, en cuanto suponía un baluarte moral para la defensa del orden público, el cual salvaguardaba sus intereses individuales.

**El positivismo científico.** Apareció éste una vez superada la influencia del movimiento romántico favorable a la fe, para ensalzar los valores religiosos frente al capitalismo. El positivismo del siglo XVIII y el positivismo se robusteció con el famoso progreso científico de esta época. Grandes hipótesis sobre los orígenes de la vida, causas de los delitos, constitución de los seres se formularon en este siglo. La acumulación de datos y

el constante recurso a la experimentación originaron el dogmatismo científico que afirmaba como únicamente real aquello que era experimentable.

Esto supuso una extensión rápida del laicismo anticlerical en los ambientes cultivados. Se aireaba la incompatibilidad de la fe y de la ciencia, y deseaban suplantarse aquella por unos valores morales basados en la misma naturaleza. Al lado de los grandes realizados aparecieron también los ideólogos que con sus especulaciones fueron minando el terreno de la fe. Por último, se rompieron las relaciones entre el ser humano y el mundo exterior, dando origen a una filosofía de la ciencia que denunció a la Iglesia Católica como el obstáculo mayor para el progreso humano. Ante esta situación muchos creyentes cultos se metoraban en la amargura de no acertar a relacionar fe y ciencia.

Los movimientos revolucionarios. El fenómeno revolucionario causa inmediata de las crisis sociales del XIX fue consecuencia de la transformación material económica y social que experimentó el continente europeo. De una economía agraria y artesana se pasó a una industria y capitalista. En la primera mitad del siglo la mayor parte de la población era rural. Con la industrialización concentrada en Gran Bretaña, Bélgica, norte de Francia, el Ruhr, Silesia, Bohemia, noroeste de Italia y Austria, se produjo un éxodo rural y simultáneamente un desarrollo vertiginoso de la población urbana.

Las clases populares, integradas por la pequeña burguesía (los

propietarios, comerciantes y artesanos) y el obrero industrial fueron la persona colectiva que alentó la crisis decimonónica. Es cierto que a este coadyuvó la desvinculación entre el hombre y el suelo, con todo el peso de tradición que la tierra llevaba consigo. Pero la causa primordialmente condicionante fue la dirección que impuso el egoísmo deshumanizante de la burguesía.

### El idealismo y el positivismo

Los burgueses, aún imbuidos por las ideas filantrópicas del enciclopedismo, no tenían otro ideal que enriquecerse. El obrero no era considerado como una persona portadora de valores, sino como elemento accesorio de producción. No era justa ni en las leyes divinas ni en las humanas la miserable situación que padecían. Y cuando los trabajadores reclamaban algunas mejoras salariales sólo se les dio limosna o bayonetas.

Por el ideal medieval se irrealizó el ideal burgués a la tiranía burguesa que acumulaba todas las riquezas alrededor de pocas personas, surgió la clase del proletariado con una psicología de lucha bien definida. De este modo se confirmó el cuarto estado, el de las masas, que ascendió a los primeros planes de la sociedad y que ha constituido el elemento esencial de la revolución histórica contemporánea.

Dos fueron las corrientes proletarias más voluminosas, el anarcosindicalismo y el socialismo colectivista. Los anarquistas aspiraban a una promoción social mediante la supresión paulatina del estado. El socialismo colectivista con Karl Marx especialmente, dio una interpretación materialista de la vida, "filosofía del materialismo dialéctico" y predi-

có la idea mesiánica de que el proletariado era la casta elegida para regenerar el mundo pervertido por el capitalismo burgués. Estas dos vertientes obreristas, aunque se distinguieron por su entrega al problema obrero, constituyeron una gran amenaza para el espíritu secular de Occidente.

## Sociedad y Concilio

Ante semejante transmutación la Iglesia, entonces pilotada por el Papa Pío IX, no intuyó los nuevos signos de los tiempos. Añoraba la cristiandad medieval. Y consideraba al estado oficialmente católico, con un sistema de prestigio exterior y privilegios para la Iglesia, como el régimen ideal. Varias cláusulas del "Syllabus" marchaban en esta dirección.

Pero el ideal medieval de la gran cristiandad era ya irrealizable dentro de la configuración sociopolítica de Europa que le tocó vivir al Papa Pío IX. Aunque Europa estaba dividida en unos cincuenta estados, el 55 por ciento de la población total se concentraba en cuatro estados: Rusia, Francia, Austria-Hungría y Gran Bretaña. En Rusia e Inglaterra, apartadas del catolicismo y con grandes prejuicios contra el obscurantismo romano, no se podía ni soñar en un estado oficialmente católico. Era todavía más duro de aceptar? que tampoco en Francia y Austria se podía imponer. El catolicismo francés estaba minado por las tendencias galicanas y por el encrudecimiento del anticlericalismo liberal. En Austria, el piadoso emperador Francisco José tuvo que entregar el gobierno a los liberales, que aspiraban a una modernización de

las instituciones y a una laicización del estado.

Si dirigimos una ligera mirada a los países pequeños ocurre algo parecido. Hay que descartar la mitad norte y el este de Europa por su fe disidente de la romana. Únicamente los países latinos mediterráneos, tradicionalmente católicos, podían encarnar el ideal medieval. Pero éstos ni reunían las condiciones requeridas, ni se consideraban áreas de influencia en el concierto de naciones europeas. En España, la Revolución de 1868 había destronado a Isabel II, se rompieron las relaciones diplomáticas con el Vaticano y se votó una constitución democrática y laica. En Portugal, gobernaban los liberales anticlericalmente. Y en Italia, la península entera se conmovía ante el problema nacionalista y la "cuestión romana" había llegado a enturbiar toda la vida política del naciente estado.

Además en el mismo catolicismo, considerado en su universalidad y supranacionalmente, existían muchas paradojas. Los católicos se dividían en dos bandos: ultramontanos y liberales, llegando estas discrepancias al clero e incluso al mismo episcopado. Un caso modélico de estos enfrentamientos, que llegó al paroxismo, lo tenemos en Francia entre "l'école de l'Univers" (ultramontana) y "l'école du Correspondant" (grupo académico de apertura) dirigida por el obispo de Orleans Monseñor Dupanloup.

Sin embargo la paradoja más sorprendente nos la presentaron los católicos de los estados no oficialmente católicos como Bélgica, Holanda y Prusia. En estos países se vivía un catolicismo más

auténtico y dinámico. Me encuentro obligado a recordar la espesa red de obras populares de Prusia y al alma de este movimiento Monseñor Manuel von Ketteler, obispo de Maguncia, y uno de los pioneros del catolicismo social.

A pesar de esta realidad social, tan opuesta a los módulos tradicionales, el Papa Pío IX decidió convocar un Concilio Universal para entre otras intenciones restaurar la sociedad cristiana. Pero diversas actitudes adoptadas ante la convocación papal demuestran hasta qué grado habían cambiado las relaciones entre la Iglesia y el estado. La misma Santa Sede, que defendía con obsesión el estado católico, no entabló conversaciones con los príncipes católicos antes de publicar la bula convocatoria del Concilio, ni se les invitó para que asistiesen a las sesiones conciliares, como se había hecho en el Concilio de Trento.

No obstante, entre los esquemas elaborados, nos encontramos algunos de claras apetencias ultramontanas. Se intentó definir las ideas claves del "Syllabus" referentes a la sociedad. Providencialmente no se pudo llegar a coronar este deseo por la entrada de las tropas piemontesas a la Ciudad Eterna. De haberse aprobado los cánones 17, 18, 19, 20 y 21 (3) la Iglesia hubiese retrocedido unos cuantos siglos y se hubiese creado un antecedente, difícil de superar, que habría impedido, o al menos obstaculizado enormemente, la tendencia de adaptación y apertura iniciada con León XIII y coronada en el Concilio Vaticano II.

## Una mirada retrospectiva

La afirmación de los principios tradicionales, frente a los postulados modernos, obligó a la Iglesia a adoptar una actitud defensiva que le indujo a varios errores fundamentales. 1) Se preocupó preferentemente del aspecto político olvidando el formativo y apostólico. 2) Confundió lo que era esencial a la Iglesia con lo que había sido accidental e histórico; por esto se orquestó una campaña, a nivel eclesial, para defender los Estados Pontificios, cuando el poder temporal de los Papas constituía una clara claudicación del espíritu evangélico. 3) Fue reacia a la promoción cultural del pueblo, por los supuestos riesgos que la cultura aportaba a la fe, llegando a considerar al maestro rural como la "bête noire" y al analfabetismo como un bien. 4) Finalmente insistió en los métodos pastorales acostumbrados, cuando las nuevas circunstancias, ante todo la concentración de la población en las ciudades, exigían una nueva pastoral.

Esta actitud de cerrazón le ha ocasionado a la Iglesia muchas amarguras. Fue considerada por las clases cultas y sobre todo por las masas proletarias como principal institución reaccionaria. Y la supresión de los movimientos católicos liberales —diario francés "L'Avenir"...— fue una grave pérdida para el futuro de la resistencia católica ante la ideología del siglo XIX.

Con la subida de León XIII al Pontificado, la Iglesia comenzó a cambiar de signo. Se trabajó por encontrar una fórmula que aproximase los dos campos antagóni-

cos: Iglesia y principios modernos. La encíclica "Cum multa", publicada en 1882 por León XIII, constituyó un jalón señero en el lento recorrido de la Iglesia para adaptarse a la nueva realidad social.

Este caminar del Catolicismo hacia una Iglesia más espiritual, desprendida de una situación de poder y privilegios, y más encari-

**Notas:**

- (1) VICENS VIVES, JAIME, *Historia General Moderna*, t. 2, p. 304-5.
- (2) VICENS VIVES, JAIME, *Historia General Moderna*, t. 2, p. 304-5.
- (3) Estos cánones corresponden a los capítulos 15-17 del primer esquema para la constitución sobre la Iglesia (relaciones entre la Iglesia y la sociedad) de los capítulos que no llegaron a discutirse por falta de tiempo.

**BIBLIOGRAFIA:**

AUBERT ROGER, *Histoire des Conciles oecuméniques Vatican I*, Paris, Editions de la Bibliothèque de la Sorbonne, 1961.  
 BISSON, PAUL y PIERRE CLAUDE, *Dossier Secret* (L'Eglise de France de la révolution à nos jours), Paris, Presses de la Cité, 1968.  
 A. MELLOR, *Histoire de l'anticlericalisme français*, Paris 1966.

VICENS VIVES, JAIME. *Historia General Moderna*, Barcelona, Montaner y Simón, 1951-1952.

LOPEZ ARANGUREN, JOSE LUIS, *Moral y Sociedad*, Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1969.

GÓMEZ MORALES, MARÍA DOLORES, *Los Reformadores de la España Contemporánea*, Madrid, C.S.I.C., 1966.

la supresión de los movimientos católicos liberales—diario francés "L'Avenir"...— fue una gran pérdida para el futuro de la ideología católica ante la ideología del siglo XIX.

Con la subida de León XIII al Pontificado, la Iglesia comenzó a cambiar de signo. Se trató por encontrar una fórmula que aproximase los dos campos antagóni-

nada en el mundo en que vive inmersa, alcanza su madurez con la encíclica "Pacem in terris" de Juan XXIII y llega a su plenitud en el Concilio Vaticano II, con la Constitución dogmática "Lumen Gentium" y la Constitución Pastoral "Gaudium et Spes". Los Concilios Vaticano I y Vaticano II son, de los concilios complementarios, pero cuán distantes se encuentran el uno del otro.

Para otras intenciones resaturar la sociedad cristiana. Pero diversas actitudes adoptadas ante la convocación del Concilio. Pero hasta que grado habían cambiado las relaciones entre la Iglesia y la sociedad. El primer esquema para la constitución sobre la Iglesia (relaciones entre la Iglesia y la sociedad) de los capítulos que no llegaron a discutirse por falta de tiempo. El Concilio Vaticano II, como se ha visto, no se convocó antes de publicar la doctrina de la convocatoria del Concilio, ni se convocó para que se discutieran las sesiones conciliares, como se había hecho en el Concilio de Nicea. En el Concilio Vaticano I se convocó para que se discutieran las sesiones conciliares, como se había hecho en el Concilio de Nicea.

no obstante, el texto de la convocatoria no se aprobó hasta el día 25 de junio de 1869.

Estas actitudes de ciertos papas y de ciertos concilios, se intentó definir en el Concilio Vaticano II.

El "diálogo" que se abrió entre la Iglesia y la sociedad, Providence, 1969.

La gente no se pudo llevar a cabo este proceso por la gran distancia que existía entre la Iglesia y la sociedad.

La Iglesia y la sociedad. De haberse aprobado los cánones 17, 18, 19, 20 y 21 (3) la Iglesia hubiese retrocedido tres siglos y se hubiese creado un antecedente difícil de superar, que habría impedido o al menos obstaculizado enormemente la tendencia de adaptación y apertura iniciada con León XIII y coronada en el Concilio Vaticano II.